



PROPOSITUM

Abril de 2024

EL SIGNIFICADO DEL SUFRIMIENTO EN SUS PROPIAS VIDAS Y EN EL MUNDO

Queridos Hermanos, queridas Hermanas:

¡Paz y bien!

El 5 de enero de este año, los miembros de la Familia Franciscana se reunieron en el Santuario de LaVerna para la solemne apertura del 800 aniversario de los estigmas impresos en San Francisco. La ceremonia, “De las heridas a la Vida Nueva”, que se celebró en la Basílica del Santuario, incluyó lecturas y oraciones recordando los encuentros de San Francisco con el Crucifijo de San Damián al que configuró su vida, el Serafín que conformó a San Francisco a la imagen de Cristo y el Hermano León a quien extendió su bendición. A lo largo de este año, los franciscanos de la Primera Orden, Segunda Orden y Tercera Orden Secular y Regular estarán recordando cómo el amor de San Francisco por Cristo fue tan grande que fue agraciado con llevar las llagas de Cristo y cómo el sufrimiento de esas llagas le permitió ahondar aún más en ese amor.

El sufrimiento ha sido una prueba de fe para la mayoría de nosotros y a menudo nos enfrentamos a las preguntas que conlleva. ¿Cómo podemos dar sentido al sufrimiento, al nuestro y al del mundo? ¿Qué lecciones puede enseñarnos? ¿Adónde puede conducirnos?

El último número de Propositum presentaba las opiniones de tres expertos en vida franciscana que reflexionaban sobre el sentido del sufrimiento en el mundo teniendo en cuenta las llagas de Cristo y los estigmas de San Francisco. Para esta edición de Propositum, invitamos a los miembros de la CFI-TOR a reflexionar sobre el significado del sufrimiento en sus propias vidas y en el mundo. Esperamos que la lectura de estas reflexiones sean fuente de enriquecimiento para todos y nos lleven a comprender el sufrimiento en nuestras vidas y en el mundo de hoy.

¡Que la paz de Cristo y la paz de San Francisco llenen nuestras vidas!

Hna. Frances Marie Duncan, Presidente CFI-TOR

Hna. Daisy Kalamparamban, Vice-Presidente

Hna. Beatriz Vásquez Mayta, Consejera

Hna. Maria Luisa García Casamián, Consejera

Hna. Rute Almeida Guimarães, Consejera

P. Brian Terry, Consejero

ABRAZAR EL SUFRIMIENTO PARA QUE SE CONVIERTA EN AMOR

Hna. Mariella Erdmann

OSF

*Hermanas Franciscanas de la Caridad Cristiana
Manitowoc, WI, USA*

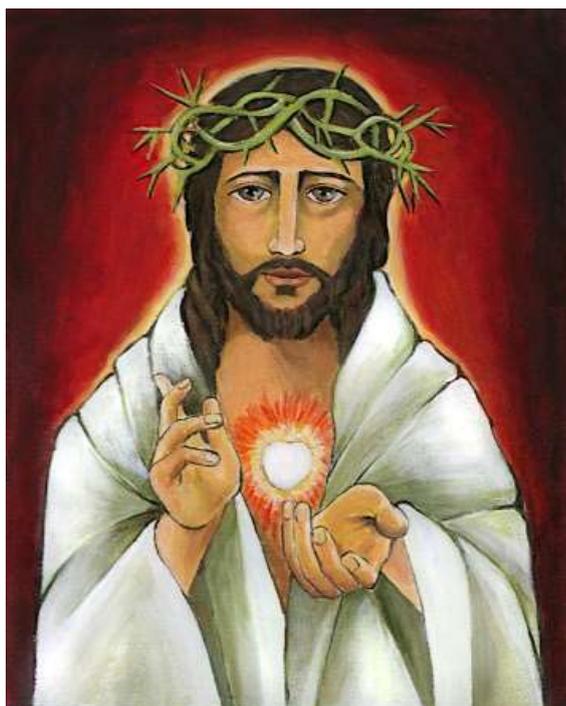
Original: Inglés



No es posible pensar que podemos amar sin sufrir. No estoy hablando del tipo de sufrimiento masoquista, sino más bien del sufrimiento motivado por el amor a Cristo Crucificado. San Francisco estaba tan enamorado de Cristo Crucificado que toda su vida se convirtió en una imitación de Cristo hasta el punto de recibir los estigmas. “Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna.” Jn 3,16

Santidad y sufrimiento parecen ir de la mano. Me vienen a la memoria las palabras del canto, *Holy Darkness* : “Te he probado en los fuegos de la aflicción; he enseñado a tu alma a afligirse. En el suelo salvaje de tu soledad, allí plantaré mi semilla”. Hoy más que nunca necesitamos que Dios plante esa semilla en nuestros

corazones para abrazar el sufrimiento que nos transformará en verdaderos discípulos suyos, discípulos de Su amor.



En este cuadro *Ecce Homo* que he pintado, he tratado de hacer hincapié, en el amor incondicional que Dios nos tiene. El amor de Dios se nos manifiesta en Jesucristo. El cuadro muestra a Cristo con una corona de espinas, símbolo de su pasión. Cristo tiene la mirada triste, sin embargo, su mirada es compasiva y llena de amor. Es triste porque son muchos los que no aceptan su sacrificio por nuestra salvación. Él fue enviado por el Padre y ahora llevarnos al Padre para que podamos gozar la plenitud de vida en Dios. Sus manos están extendidas en signo de invitación y bendición y su corazón es blanco y rebosante de amor. Es eucarístico; se convierte en ostensorio. Nos ha dado su cuerpo y su sangre, el sacrificio

perfecto que cada día podemos ofrecer con Él al Padre en la Misa, y recibirlo en la Eucaristía. Nuestro Dios derrama sobre nosotros su amor. Pero no nos obliga a aceptarlo.

Todos nosotros experimentamos el sufrimiento en el mundo que nos rodea: dependencias, enfermedades físicas y psíquicas, celos, injusticias, problemas en familia, abuso sexual, odio, guerra y mucho más. Hace poco, he vivido dos tragedias personales muy dolorosas: la pérdida de una sobrina por suicidio y la de otra sobrina por sobredosis de heroína en circunstancias sospechosas. Estas dolorosas pérdidas me han llevado a arrodillarme y orar. He dejado que la gracia del Espíritu actuara en mí para transformar la pena en amor, convirtiéndome más en una verdadera discípula de Cristo. Esta opción no me ha quitado el sufrimiento, pero sí me ha liberado de su dominio. Si queremos que el sufrimiento sea portador de vida y eficaz debemos encararlo. A través de la conversión diaria, el sufrimiento abre nuestros corazones al ancho mundo donde tanto sufrimiento existe en medio del bien.

Pero ¿por qué hay tanto sufrimiento en nuestro mundo actual? Cristo nació del amor para liberarnos de las cadenas del pecado y de la muerte. A pesar de ello, parece hoy que el sufrimiento va en aumento. En nuestra era post-cristiana, tanta gente parece no necesitan a Dios o que no creen en Dios, sino que más bien se hacen dioses a ellos mismos. A veces pienso que mucha gente no sabe cómo afrontar el sufrimiento y se vuelve amargada, enrabada, vengativa, lo cual solo lleva al conflicto y a todo tipo de males. Con más razón necesitamos a Dios en nuestras vidas, un Dios que sana las heridas. En cambio, muchos se vuelven hacia falsos dioses, como son las drogas, el sexo, el poder, la revancha, el control y el prestigio, y muchos más. Y todo esto conduce en definitiva a la destrucción humana.

Dicho todo esto, hay una gran esperanza en medio de los sufrimientos de nuestro Mundo Moderno. Todo se reduce a esa única palabra: AMOR. Como Francisco, estamos llamados a amar a Dios por encima de todo y a identificarnos con Cristo crucificado. Dios es Amor y se nos pide que cooperemos con la gracia del Espíritu y nos convirtamos en amor los unos por los otros para llevarnos a nosotros mismos y a los demás de vuelta al Dios del Amor que anhela que compartamos la plenitud de su vida.



DEL SUFRIMIENTO AL SACRIFICIO

Hna. Myra Jean Sweigar

*Hermanas Franciscanas de la Caridad Cristiana
Wisconsin, Estados Unidos de América*

Original: Inglés



Una imagen común del joven Francisco es la de un juerguista, un hijo favorecido por su madre, un ciudadano que anhelaba el prestigio de caballero. Aparentemente un joven típico de una familia bastante acomodada, siguió su alegre camino, disfrutando de la vida y pensando sobre todo en sí mismo.

Una imagen posterior se construye sobre el deseo de Dios para Francisco. Este retrato del Poverello estaba arraigado en el amor a los demás, marcado por el cuidado de los necesitados y alimentado por la riqueza de la palabra de Dios en las Escrituras. Ciertamente, no pensaba sobre todo en sí mismo. Francisco retrata una imagen sagrada.

Una simple y a la vez profunda mirada a Dios durante la época de enfermedad y dolor, aislamiento y desesperación, condujo Francisco al acto sagrado de ofrecerse, sin reservas, a seguir la voluntad de Dios.

El camino desde esa mirada a Dios hasta el abrazo pleno del amor íntimo de Dios se forja a través del sufrimiento. La falta de disfrute de Francisco cuando estaba con sus alegres amigos, el beso al leproso, el tiempo escondido de su padre, la negación de su herencia ante el obispo, el posterior rechazo de los suyos; cada uno es un momento de sufrimiento que construye el puente que le permite cruzar de lo común a lo sagrado.

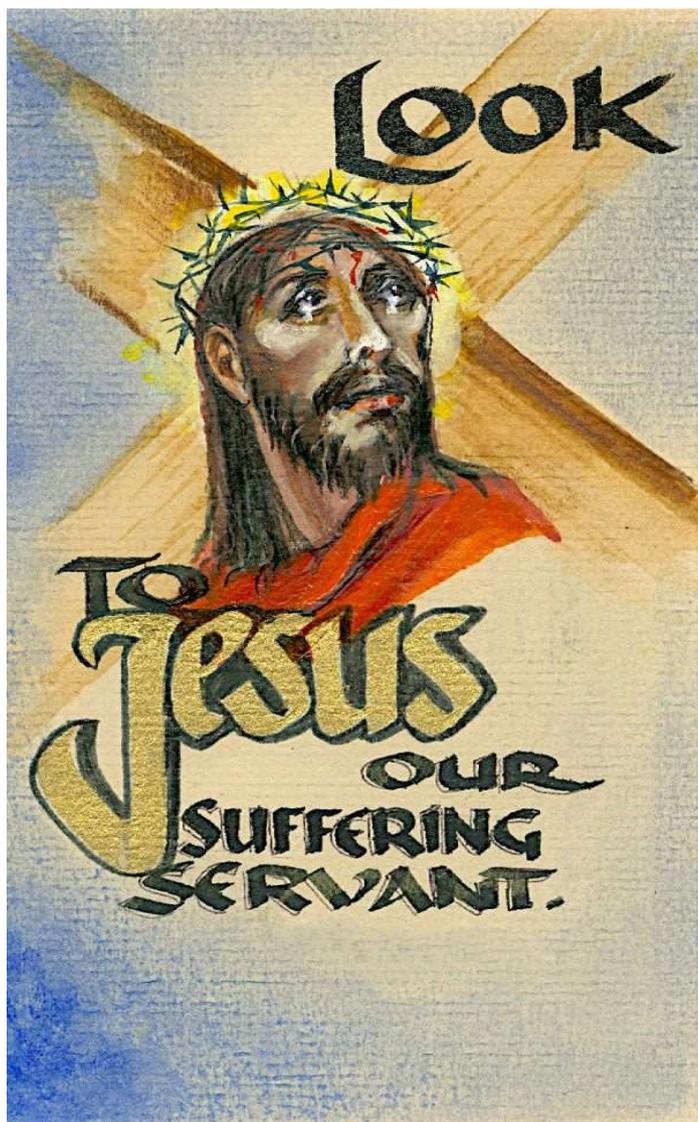
Sin embargo, en medio de tal sufrimiento, el santo es conocido como un hombre que alaba a Dios, que da gloria a su Señor y exulta en Él. En el punto álgido de su miseria corporal, cuando se acerca la muerte, compone El Cántico de las Criaturas en el que grita repetidamente: “Alabado seas, mi Señor”.

Así pues, volvamos la vista atrás y cambiemos la palabra sufrimiento por la de sacrificio. Sacrificio: hacer santo. Se nos desafía a adoptar la actitud sacrificada de San Francisco. Estamos llamados a convertir el sufrimiento en sacrificio, haciendo santo lo que es difícil, lo que nos llama a salir de nuestros viejos esquemas y nos hace cruzar el puente de lo común a lo sagrado.

Hebreos 13, 15, habla de un sacrificio de alabanza. ¿Cómo encajan en el mismo pensamiento el sacrificio y la alabanza? La alabanza tiene sus raíces en la humildad, nace de la verdad de que no soy Dios, no soy el más grande, incluso entre los más pequeños soy humilde. Soy un pecador amado al que, inmerecidamente, se le ha concedido el don de mirar a Dios. Cuando somos conscientes de la grandeza de Dios,

llegamos a saber lo pequeños que somos. Francisco era profundamente humilde. En su Carta a los fieles escribe: “...todos somos miserables y pútridos, hediondos y gusanos”. La oración le enseñó a reconocer la alegría perfecta en el sacrificio, el sufrimiento y el rechazo.

Hoy en día, parece que hacemos todo lo posible por evitar el sufrimiento. Se nos ofrece comodidad y eficacia a todos los niveles. ¿Nos ha llevado esto a olvidar la humillante verdad de que somos pecadores amados, llamados a dar gloria a Dios? ¿Nos unimos plenamente a Francisco en un sacrificio de alabanza y decimos: “Mi Dios y mi Todo”?



El trabajo de un Artista sigue inspirando.

Sor Victoria Masil, O.S.F. (f. 2008)

Hermana Franciscana de la Caridad Cristiana
Estados Unidos de América

EL MISTERIO REDENTOR DEL DOLOR

Hna. Karen Berry

OSF

Hermanas de San Francisco de María Inmaculada

(conocidos como los franciscanos de Joliet)

Illinois, USA



Original: Inglés

El pasado diciembre, inicio del nuevo año litúrgico, se nos recordó que Jesús vino a traer luz a la oscuridad de nuestro mundo. Creyendo que Jesús sigue vivo entre nosotros, nos sentimos llamado/as a unirnos a él para ser esa luz... para dar esperanza a un mundo a veces envuelto en las tinieblas, mientras actuamos con justicia, compasión y amor.

San Francisco estaba enamorado de la Encarnación, le encantaba la idea de que Dios deseara vivir entre nosotros. Quería sentir en sí mismo el sufrimiento que Jesús padeció como consecuencia de vivir en un mundo roto y de esforzarse tanto por mejorarlo.

Nuestro mundo actual está lleno de sufrimiento, y quienes lo vemos, lo sentimos y deseamos desesperadamente aliviarlo y, al hacerlo, nos enfrentamos a su misterio. ¿Cómo encontramos sentido al dolor que experimenta toda la creación? En primer lugar, tengo que empezar por mí misma. El año pasado fui dolorosamente consciente de que la pérdida dominaba mi vida. Me sentía abrumada por ella, mientras seguía apareciendo de muchas formas. Primero llegó la pérdida de las finanzas a través de un pirateo fraudulento que me dejó sintiéndome vulnerable y víctima. Luego vino la pérdida de la residencia de ancianas/jubiladas de mi comunidad por nuestra incapacidad para mantenerla o venderla. Vi desaparecer mi estabilidad futura. Rápidamente siguieron las muertes de muchas de nuestras hermanas que habían sido trasladadas a instalaciones alternativas, debido al cierre. Para cuando habíamos perdido a dieciséis Hermanas en 2023, el número incluía a mi amiga íntima y compañera de clase, víctima del cáncer. El dolor llenaba todo mi ser.

¿Y cómo encontrar sentido a todo ese dolor? De la pérdida financiera, aprendí sabiduría; del cierre de nuestra residencia de ancianas, aprendí la grandeza interior de mis hermanas en su aceptación y resistencia; de todas las muertes, se desprendió una unidad que nos lleva más allá de esta vida. Cuando observo nuestro mundo y todo el sufrimiento que hay en él hoy en día, me maravillo ante los ejemplos de sabiduría, resistencia y unidad que aún prevalecen. En medio de las guerras, la agitación política, las catástrofes naturales, la subversión de la verdad, la codicia, el odio y la violencia, sigue habiendo bondad. Que Jesús nos redimiera con su sufrimiento me dice que los que sufren hoy pueden movernos a todos hacia la sanación, llamándonos al amor. Creo que san

Francisco comprendió esto. Se adentró voluntariamente en el misterio del sufrimiento para poder llegar también él al mundo con mayor amor.

No tenemos que entender la razón del dolor. Simplemente es un hecho de la vida, que nos alcanza sin darnos cuenta, a veces consecuencia del mal y la crueldad, a veces involuntario y fuera de nuestro control. Pero está ahí, en todo su misterio redentor, y el Amor nos abraza a través de él.



JESÚS Y FRANCISCO - "HERIDOS DE AMOR - MARCADOS PARA LA VIDA"

Hna. Mary Burke

Misionera Franciscana de la Divina Maternidad

Inglaterra

Original: Inglés



Corre el año 1205 y Francisco ha regresado de la guerra y el exilio. Llamado a abrazar la imagen de Cristo en los más pobres y rechazados de su tiempo, Francisco, tras una enorme lucha interna, abraza al leproso. Al hacerlo, Francisco, abraza al Cristo sufriente y supera su mayor temor. Gran parte de la vida de Francisco transcurriría en el sufrimiento. Sufrió cuando vio la difícil situación de los pobres y cuando se enfrentó a la destrucción de la vida por la guerra. El encuentro de Francisco con el sufrimiento y el dolor de sus hermanos y hermanas le marcó de por vida, le marcó de tal forma que no le dejó otra opción que permitir que su corazón se rompiera, que sus lágrimas cayeran, que sus manos curaran a los demás y que sus pies caminaran junto a los que la sociedad había dejado atrás.

Corre el año 1224, Francisco, destrozado por la enfermedad, casi ciego, distanciado de muchos de sus hermanos en disputas sobre la Regla, viene a buscar a Cristo a la solitaria cueva montañosa del Alverna. Aquí, el cuerpo de Francisco queda marcado con las marcas de la crucifixión de Cristo. Francisco, recibe ahora la huella del mayor acto de amor de Cristo, su muerte en la cruz.

Corre el año 1996 y me encuentro en un pequeño hospital de Karakush, en el norte de Irak. Llevo ya más de cinco años trabajando con refugiados palestinos e iraquíes en Jordania. En una pequeña sala mal cuidada, me encuentro con cinco o seis mujeres sentadas o de pie junto a las camas de sus bebés moribundos. Estos niños pequeños están lamentablemente desnutridos. No hay antibióticos, ni sábanas en las camas, muy poca comida y ninguna esperanza para la mayoría de estos hijos de Dios. No tengo nada que dar, sólo una palabra de consuelo y mis propias lágrimas.



Pero en este momento sé que se me está rompiendo el corazón, que me están dejando cicatrices de por vida y que estoy llamada a amar a Cristo en los más pequeños y olvidados de nuestro mundo.

Es el año 2024, la temperatura está bajo cero. Mientras camino por mi ciudad, observo a un joven pobremente vestido que yace en un banco. Al igual que Francisco, antes de su encuentro con el leproso, paso de largo. Impulsada por el Espíritu, vuelvo. Le pregunto al hombre su nombre. Es Santiago. Le pregunto a Santiago si tiene hambre. Tiene mucha hambre. Así que compro algo de comida para Santiago y me informo en el centro para indigentes donde se le puede ayudar más.



Este año 2024, celebramos el centenario de que nuestro Padre Francisco recibiera las marcas de la Pasión de Cristo en su cuerpo. Siguiendo los pasos de Francisco me doy cuenta de que yo también estoy llamado de alguna pequeña manera a llevar las marcas del sufrimiento de Cristo a nuestro mundo de hoy. Puedo hacerlo ofreciendo a los que me rodean, personas como Santiago, pequeñas gotas de bondad, el bálsamo de la compasión y momentos aparentemente insignificantes de amor y encuentro. Al ofrecer estos pequeños gestos en nombre de Cristo, como Francisco, puedo empezar a responder a la llamada a curar las heridas de Cristo en cada rostro sufriente y en cada lugar solitario de nuestro mundo de hoy.



ACOGIDA Y ATENCIÓN

Hna. Edna Hugaioir Djata

Franciscana de Nossa Senhora Aparecida

Guiné Bissau

Original: Português



Amor en medio del sufrimiento, una cuestión de fe

Comparto aquí mi experiencia de una de las actividades realizadas en nuestra misión en esta tierra: la atención a las mujeres embarazadas, a las madres y a sus hijos, y la asistencia a los epilépticos en el Centro de Recuperación Nutricional de Cacheu.



Tenemos a un numeroso grupo de personas con epilepsia y celebramos un encuentro anual con las siguientes actividades: formación sobre la propia enfermedad, cómo actuar en caso de crisis. También promovemos momentos de ocio y entretenimiento.

Al compartir con ellos, nos damos cuenta de que muchos se sienten excluidos de sus familias por enfrentarse a esta crisis, y esto les causa sufrimiento, porque, por precaución, se les impide trabajar. Tenemos casos de quemaduras graves a epilépticos que tuvieron un ataque y cayeron al fuego mientras cocinaban o hacían algo similar. Me gustaría subrayar que en nuestra sociedad sigue habiendo prejuicios contra las personas

que viven con epilepsia, no tienen voz ni lugar en la sociedad. Pero luchan por salir adelante, aunque con grandes dificultades debido al analfabetismo y a otras razones.



Estar separado de otros seres es algo difícil de vivir, y es un sufrimiento que para mí hiere la dignidad humana. Francisco fue un ejemplo de promoción de la inclusión cuando abrazó al leproso (LTC capítulo IV). La solidaridad con los que sufren es un gran testimonio; ponerse en el lugar del otro es también medicina para el alma. De hecho, el amor de Dios se manifiesta incluso en la vida de estas personas. Veo en el rostro de cada uno la presencia física de un Dios que grita, que pide que vayamos al encuentro del que necesita cuidados.

Las mujeres embarazadas llevan consigo historias increíbles. Detrás de cada mujer que viene aquí, hay signos de resiliencia. A menudo llevan heridas, algunas se quedan embarazadas y son abandonadas, y los niños nacen sin padre. Al final, la culpa recae sobre la mujer. En el pasaje sobre la mujer condenada (Jn 8), Jesús nos enseña que el amor debe prevalecer en

nuestra relación con los demás, y que debemos mirarnos a nosotros mismos antes de condenar a los demás, tener cuidado con las leyes que imponemos a los demás, juzgándolos. Ofrecer misericordia y no condenar.

Cuando hablamos de amor en medio del sufrimiento, me acuerdo de una señora, ahora abuela, que cuidaba de su nieta porque la madre de la niña, que era su hija, estaba hospitalizada desde que nació. Esta abuela volvió a ser mamá y traía a la niña a nuestro centro, y al hospital si era necesario. Un día recibí la noticia de que la madre que había estado enferma había fallecido, y esta abuela estaba muy decaída, cambiada, con el semblante triste y había perdido mucho peso. Un día vino al centro, muy emocionada, y contó a sus compañeras lo que había pasado. Todas la animaron a ser fuerte, y yo le dije que era muy importante no perder la esperanza, que tenía que ser fuerte por amor a ese bebé, porque su única referencia sería su abuela. Si ella enfermaba, el niño estaría desprotegido. Ella aceptó entre lágrimas, lágrimas que no pudo esconder. Me pregunté varias veces: ¿Cómo se puede amar en medio del sufrimiento? Ella tuvo que hacerlo, cargar con la cruz, ¿amar con amargura?

Para mí, estas situaciones revelan un gran testimonio del misterio del amor de Dios, porque imagino que la gente no sería capaz de soportar tanto sufrimiento. Esta abuela se había quedado sin fuerzas, pero el apoyo de sus compañeras fue, para ella, la mano de Dios que la motivó a levantarse y seguir adelante.



Para mostrar el amor de Dios, Cristo tuvo que pasar por el sufrimiento. Se enfrentó a los poderosos y soportó el dolor en la cruz para enseñarnos que, con él, la vida tiene más sentido y el camino es soportable (Mt 11,28).

EL SUFRIMIENTO, CAMINO DE SANTIFICACIÓN

Hna. Victoria Hernández

Comunidad de La Unión

Hermanas Capuchinas de la Madre del Divino Pastor

Guatemala

Original: Español



Cristo, como siervo sufriente, es el que me ha enseñado que el dolor es la escuela de la purificación para llegar a la santificación.

“El hombre de dolores, familiarizado con el sufrimiento, (...) eran nuestras dolencias las que ÉL llevaba” (Is.53,3 y 4). Este texto me permite ver el sufrimiento como gracia, en clave cristiana sé que es una oportunidad para el alma de vivir su purgatorio en la tierra para que, cuando se me conceda el don de la muerte, pueda gozar plenamente de las delicias del Señor.

Del texto de Isaías mencionado, hay dos frases que me calan poderosamente:

1. **“Familiarizado con el sufrimiento”**. El mundo, el ser humano, vive en eterno sufrimiento, el Señor se ha solidarizado acompañándonos siempre en nuestras dolencias. Sin embargo, no lo reconocemos porque vemos el dolor como desgracia y no como oportunidad para mejorar y santificarse.
2. **“Eran nuestras dolencias las que ÉL llevaba”**. El señor no solo se familiariza, sino que los toma sobre sí, nos ayuda a cargarlos. En el Evangelio de san Mateo encontramos la hermosa invitación: ***“Vengan a mí, todos los que están fatigados y agobiados y yo les daré alivio”*** (Mt.11, 28). Si las personas de hoy aceptaran en toda su radicalidad este ofrecimiento de Jesús, se darían cuenta que en medio de tanto sufrimiento habría siempre un hermoso oasis.

Francisco de Asís supo aprovechar muy bien este regalo, cuando en medio de sus frustraciones y enfermedades escucha la voz del Señor y se abandona a su misericordia. Rompe con todo esquema social y familiar, el cual le trae mucho dolor, pero él lo aprovecha, para alabar, bendecir a su Señor, lo acoge como una gracia a través de la cual se santifica y, esta santificación, la torna en servicio, en solidaridad hacia los hermanos y a la creación entera.



El dolor y el sufrimiento me lleva a contemplar al Crucificado y viene a mi mente el siguiente verso: ***“Y sólo pido no pedirte nada, estar aquí, junto a tu imagen muerta, ir aprendiendo que el dolor es sólo la llave santa de tu santa puerta”*** (ORACIÓN AL CRISTO DEL CALVARIO (Diego Velázquez y Gabriela Mistral). Contemplar a Cristo en la cruz, es una forma de ver mi sufrimiento con serenidad, dándome cuenta que a mi lado hay otros sufrientes en quienes yo puedo poner un poco de bálsamo para mitigar su dolor. Es una oportunidad que tengo en la misión donde el Señor me ha enviado, acompañar a estos hermanos en sus necesidades del alma y del cuerpo.

Soy sobreviviente de un cáncer muy agresivo. Esta experiencia que he vivido y aún sigo viviendo, ha sido para mí el aula de nuevos aprendizajes, he tenido que desaprender para aprender nuevas formas de vida. Estoy muy agradecida con el Señor porque todo lo que Él hace es bueno. Y todo para mayor gloria suya y bien de nuestras almas. Amén.



LA ESPIRITUALIDAD DE LOS ESTIGMAS, EL SUFRIMIENTO DEL MUNDO IMPRESO EN NOSOTROS



Hna. M. Angela Siallagan FCJM

*Hermanas Franciscanas Hijas de las SS. Corazones de Jesús y María
Indonesia*

Original: Inglés



Hna. M. Evifania Sinaga FCJM

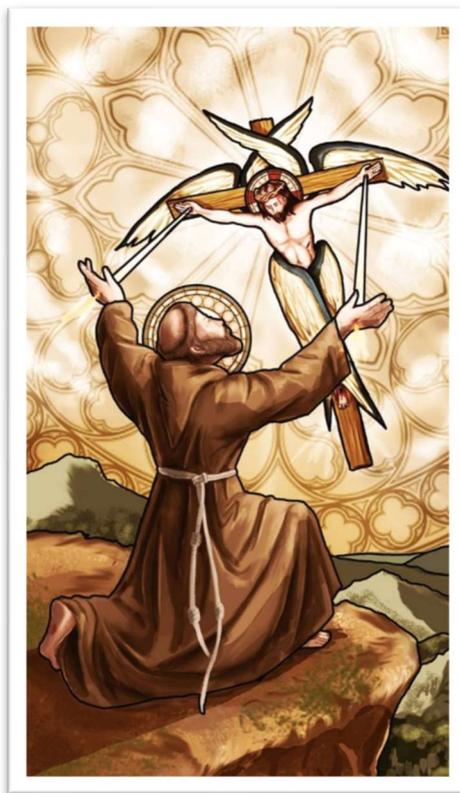
La historia nos dice que Francisco se convirtió en el primer ser humano que recibió los estigmas, y como tal fue reconocido por la iglesia católica (hidupkatolik.com, 2018). Consideró la gracia de los estigmas como una perla y expresión de la belleza del profundo amor de Dios. Los estigmas fueron para Francisco la forma de sentir sintió el sufrimiento y las heridas del mundo. En sus escritos, incluso en el Testamento, Francisco nunca hace mención de los estigmas. La palabra “estigmas” nunca salió de su boca, pero su vida nos ha manifestado que Francisco sufrió, y mucho, el dolor de este mundo. Dios dijo que, gracias al poder de los estigmas, liberaría a todas las almas que estaban allí, que pertenecían a las tres Órdenes de San Francisco de Asís y a todas las que le tenían una gran devoción. Y que les concedería la dicha del paraíso (ofsindonesia, 2010). Vemos claramente el valor precioso que los estigmas de San Francisco encierran para nosotros sus seguidores, pero ¿cuál es la relevancia y el significado de los estigmas de Francisco para mí, para nosotros?

El mundo es cada vez más sofisticado y tecnológico, y nosotros, seguidores de San Francisco, también disfrutamos de los beneficios de esta nueva era. Sin embargo, este desarrollo puede ser un arma de doble filo, portadora de impactos tanto positivos como negativos a nuestras vidas. Nuestros ministerios pueden desarrollarse con rapidez, las vocaciones son fecundas y podemos colaborar en la labor eclesial sirviéndonos de la tecnología. Sin embargo, a pesar de estas comodidades, es difícil a veces vivir la cultura del silencio, meditar, contemplar y orar. El ajetreo de este mundo domina más que el deseo de buscar a Dios, en el silencio. A menudo estamos preocupados por los smartphones y otras herramientas tecnológicas, olvidándonos de rezar, comer y recrearnos en fraternidad. Con el tiempo, nuestras vidas se vuelven cada vez más vacías. Por otro lado, el

mensaje que muchos medios de comunicación nos transmiten habla de corrupción, abuso de poder, destrucción de la naturaleza y muchas otras monstruosidades que incluso cuestan vidas. El sufrimiento del mundo está clavado en nuestros cuerpos, lo que significa que debe ser nuestra ofrenda de oración. Jesús dijo: “No he sido enviado más que a las ovejas perdidas de la casa de Israel” (cf. Mateo 15, 24-28). Así pues, Jesús no quiere que nadie se extravíe de este mundo.

La entrega de Francisco a Dios fue tan total que se le concedió el signo de los estigmas. Para la Iglesia, los estigmas no son un don que se desee o se pida. Lo esencial es reconocer la voluntad de la humanidad de unirse a Dios y sufrir con Él. Esto sucede cuando existe una relación íntima con Él en la Palabra, el Sacramento, la Reconciliación y la Eucaristía. El fruto se ve en la realidad de nuestras vidas como personas dispuestas a sufrir y arrepentirnos. Y nuestro sufrimiento aumenta en la medida en que aumenta el pecado del mundo. A veces, los religiosos y las religiosas actuamos como si fuéramos omnipotentes. En nuestros ministerios, nos afanamos por erradicar la pobreza construyendo magníficos orfanatos. San Francisco nunca construyó un hogar para un leproso, pero lo abrazó. De ello se desprende que no consideraba al leproso como un objeto, sino que compartía su sufrimiento con amor. Francisco no hacía: era. Tampoco Jesús quiso erradicar o desterrar la pobreza de este mundo. No construyó casas especiales para los pobres y los leprosos, sino que los visitó y los abrazó. Y ¿qué decir de nosotros? Podemos tener muchas obras y gastar mucho tiempo y energía hasta quedar exhaustos, agotados, pero ¿qué significa para nosotros?

Los estigmas simbolizan la identificación total con este mundo y simultáneamente con Dios. La vida de Francisco se convirtió en unos estigmas totales para Dios. Estuvo dispuesto a ser pequeño y despreciado, a los ojos de sus frailes y de mucha gente. Se le llamó hermano humilde, menor. Nosotros también somos conocidos/as como hermanos y hermanas pobres y humildes. ¿Dónde está nuestra minoridad? La fraternidad y la solidaridad totales (tu eres precioso/a a mis ojos) es donde se encuentra nuestra minoridad. Soy un menor, un hermano y una hermana humilde.



LOS FRANCISCANOS ANTE EL MISTERIO DEL SUFRIMIENTO

Hna. Elise Saggau

OSF

Hermanas Franciscanas de Little Falls

Minnesota, USA

Original: Inglés



Hacia el final de su vida, Francisco recibió los estigmas de Cristo Crucificado. Sin duda, este evento representó un momento cumbre en la vida de Francisco, sin embargo, Bonaventura manifiesta claramente que la conversión de Francisco estaba todavía en proceso: “... los dos años que siguieron a la impresión de las sagradas llagas...[fue llevado] hasta la perfección con el martillo de numerosas tribulaciones” (LM 14, 2-3). Además de las aflicciones corporales, Francisco sufría mucho de angustia de mente y corazón.

La Orden no se estaba desarrollando según sus deseos. Se había apartado del sueño original para adaptarse a las necesidades previstas por el Papa. La pequeña banda de predicadores penitentes itinerantes se



estaba convirtiendo en un fuerte “ejército” de clérigos conocidos. Francisco tuvo que renunciar a su visión. Experimentó esto como un fracaso. Se sintió rechazado, profundamente decepcionado, enfadado y deprimido. Sin embargo, en el momento de su muerte, había sido dotado de una paz maravillosa. Había rezado para compartir los sufrimientos de Cristo, y efectivamente sufrió. Y

Cristo lo transformó en instrumento de obra redentora para los demás.

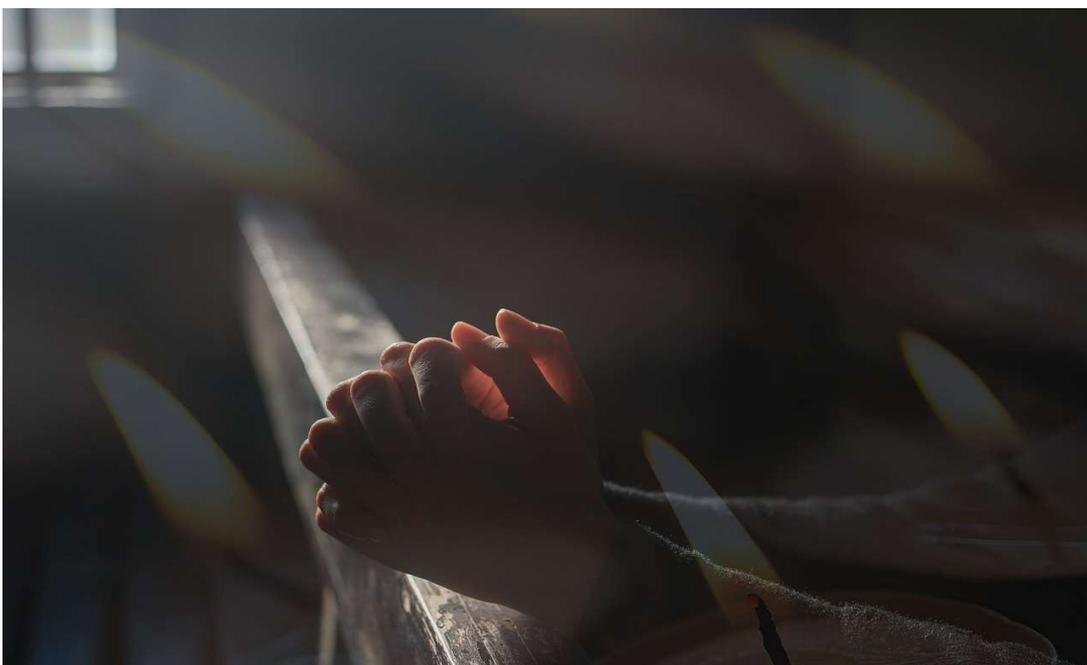
Los seres humanos buscamos un sentido y tenemos experiencias profundas de esperanza, alegría y gratitud. Sin embargo, el sufrimiento también está profundamente imbricado en nuestras vidas. Cristo mismo entró en el misterio del sufrimiento humano de tal manera que lo redimió. No obstante, aunque se experimenta

universalmente, el sufrimiento sigue siendo un misterio. No es querido por Dios, sino que es un aspecto del carácter inacabado de la creación.

En lo más profundo de la psique cristiana está la convicción de que Dios nos recibe en la gloria cuando nuestro tiempo haya seguido su curso. La enfermedad, el dolor, la tristeza, la pérdida, el desánimo, el miedo, una sensación de impotencia, incluso quizás, cierto nivel de desesperación: todo parece consecuencia inevitable de nuestra condición humana. Sin embargo, los humanos tendemos a buscar un sentido a estas experiencias. Según el esquema cristiano de las cosas, a la sombra de la cruz y la resurrección de Cristo, el sufrimiento no es en vano. Igualmente profundas son las convicciones sobre el sentido de la vida. A pesar de estas convicciones, resulta tremendamente desafiante mantener la fe y la esperanza ante el indecible sufrimiento que parece envolver no sólo a la comunidad humana, sino a la propia comunidad de la creación. Los humanos llegamos a un punto en el que sólo el silencio puede ser la respuesta, ya que la explicación racional se nos escapa. Con Job nos llevamos las manos a la boca sabiendo que, como él, no tenemos respuesta y que sería presuntuoso creer que la tenemos (véase Job 40:4-5).



Sin embargo, para quienes han contemplado con compasión, asombro y amor el rostro de un Señor crucificado como lo hizo Francisco, existe la inexpresable creencia de que, a través de la oscuridad y el dolor, una nueva vida empieza a emerger: una libertad y una gloria inimaginables que comparten la vida misma de Dios, que sólo quiere para nosotros lo que es bueno.





Propositum es una publicación periódica de la historia franciscana y la espiritualidad de la Tercera Orden Regular y se publica en la Conferencia Franciscana Internacional de los Hermanos y Hermanas de la Tercera Orden Regular de San Francisco · CFI-TOR.

Propositum toma el nombre y la inspiración de “*Franciscanum Vitae Propositum*”, el Breve apostólico del 8 de diciembre de 1982 con el cual el Papa Juan Pablo II aprobó la Regla y Vida de los Hermanos y Hermanas de la Tercera Orden Regular de San Francisco. La Revista se publica en Inglés, Francés, Alemán, Italiano, Español y Portugués.

Archivo completo de **Propositum** disponible en
www.ifc-tor.org/es/propositum